Globethics Repository



Partidos políticos y corrupción
[Political parties and corruption]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see https://www.globethics.net. Data and content policy of Globethics Repository see https://repository.globethics.net/pages/policy.

Item Type	Article
Authors	della Porta, Donatella
Publisher	Fundación Friedrich Ebert (FES)
Rights	Creative Commons Copyright (CC 2.5)
Download date	2026-11-14 05:30:53
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/219539

Nueva Sociedad Nro. 145 Septiembre-Octubre 1996, pp. 92-109

Partidos políticos y corrupción
Reflexiones sobre el caso italiano

Donatella della Porta

Donatella della Porta: Politóloga italiana, profesora del Departamento de Ciencia Política y Sociología Política - DISPO, de la Università degli Studi di Firenze, Florencia.

Palabras clave: partidocracia, corrupci{on, PSI, DC, PCI-PDS, Italia.

Resumen:
El sistema italiano fue caracterizado como un gobierno de partidos capaces de controlar los grupos de presión y la sociedad civil. El poder partidario estaba presente tanto en la sociedad como en las instituciones. La corrupción política, como intercambio oculto, de hecho resta poder a los lugares visibles. Las arenas donde se toman las decisiones se desplazan de la política visible a la invisible, donde sin embargo los partidos no son forzosamente los actores predominantes. Los partidos se fraccionan, pero no en corrientes ideológicas tradicionales; más bien se crean estructuras ocultas, en las que los jefes acumulan poder gracias a la inversión de recursos obtenidos mediante ilícitos. Debilitados por la difusión de la corrupción política, los partidos se vuelven corresponsables, detrás de bastidores, del criptogobierno en cuyo seno se toman las decisiones pertinentes para la cosa pública

La corrupción política puede considerarse una forma a través de la cual el dinero influye en la política[1]. En los análisis clásicos, las causas determinantes de la corrupción política a menudo se identificaron en las características del principal actor del sistema: el partido. Samuel Huntington vinculó de manera específica el desarrollo de la corrupción a la debilidad de los partidos durante la fase de expansión de la participación política. Según él, la corrupción se difundiría en ciertos avatares de la modernización, específicamente cuando el crecimiento normal de la participación ciudadana en las distintas opciones políticas no va de inmediato acompañado de un fortalecimiento de las instituciones que, como los partidos, deberían filtrar y canalizar las demandas colectivas:

[1] Cf. V.O. Key: *The Technique of fPolitical Craft in the United States*, University of Chicago Press, Chicago, 1936.

«mientras más débiles y menos aceptados sean los partidos, mayores serán las probabilidades de corrupción»[2].

En aparente contradicción con esta hipótesis se encuentra la convicción difundida de que, por lo menos en Italia, la corrupción se vio favorecida, en cambio, por la omnipotencia y omnipresencia de los partidos políticos, maquinarias fuertes y bien organizadas, capaces de controlar la sociedad civil y el sistema económico. Recientemente en la prensa y el debate político se retomó un concepto proveniente de la literatura politológica, el de «partidocracia», para estigmatizar los males de la «primera república».

Las informaciones surgidas durante las últimas investigaciones judiciales acerca del fenómeno de la corrupción política llevan a preguntarse sobre la densidad semántica de muchos conceptos que, al igual que el de partidocracia, se heredaron de fases precedentes y, por ende, han sido empleados para describir la realidad del sistema italiano de partidos en los 80. Aquí utilizaremos material procesal relacionado con numerosos casos de corrupción política para discutir dos puntos de particular importancia en el análisis de los partidos italianos: a) la estructura oculta de las organizaciones políticas; b) las funciones desempeñadas por los partidos en los intercambios corruptos. Específicamente, deseamos recalcar que las interpretaciones difundidas hasta hoy han tomado en cuenta sobre todo la política «visible», descuidando lo acontecido en la política «invisible».

La estructura «oculta» de los partidos

Un primer elemento de la definición de partidocracia es la presencia de partidos de masas, rigurosamente controlados desde las cúpulas. Como recuerda Pasquino, por partidocracia se entiende «la presencia y asentamiento social y político de los partidos de masas... (partidocracia) significa en efecto, más que gobierno de los partidos, un dominio verdadero y propio de éstos o una expansión de sus ambiciones de dominio»[3]. Efectivamente, al cabo de la Segunda Guerra Mundial el término partidocracia se usaba para indicar y estigmatizar el aumento del poder de los partidos de masas con respecto a los viejos partidos de representación individual. De hecho, tras la Segunda Guerra en Italia se afirmaron dos partidos políticos (Partido Comunista Italiano –PCI– y la Democracia Cristiana –DC–) como partidos de masas, capaces de realizar una integración social a través de un arraigo cultural. Retomando la distinción de Sigmund Neumann, se podría decir que después de la Segunda Guerra se completó la sustitución de los partidos de

[2] Cf. S P. Huntington: *Ordinamento politico e mutamento sociale*, [1968], Angeh, Milán, 1975, p.71.

[3] Cf. Gianfranco Pasquino: «Partitocrazia» en N. Bobbio, N. Matteucci y G. Pasquino (eds.): *Dizionario di politica,* Utet, Turín, 1990, p. 774 [*Diccionario de Política,* siglo XXI, México, 1995, vol. 2, p. 1140].

representación individual (constituidos por notables, con bajos niveles de movilización y con una actividad concentrada fundamentalmente en períodos preelectorales) por partidos de integración (orientados a integrar grupos sociales, organizados a través de asociaciones domésticas, y en los cuales los afiliados representan los principales recursos organizativos)[4]. Según las clásicas investigaciones realizadas en el Instituto Cattaneo, en los años 60 las versiones italianas de los partidos de masas tenían algunas características peculiares[5]. La DC mostraba un activismo reducido y un aparato limitado, todavía con un papel importante desempeñado por los notables, la militancia en las asociaciones católicas y, sobre todo, ocupando las instituciones[6]. El PCI se caracterizaba, en cambio, por una estructura a mitad de camino entre el centralismo democrático leninista, con un peso todavía fuerte de las células (es decir, de estructuras adecuadas para partidos con una base social homogénea y para la propaganda en un grupo social específico), y la apertura al reclutamiento a través de organizaciones locales. Todavía en los años 60, el modelo «morandiano» le daba al Partido Socialista Italiano (PSI) una estructura organizativa formalmente similar a la del PCI. Desde el punto de vista de los elementos organizativos utilizados en la conocida definición de Duverger, los partidos políticos italianos se orientaban pues hacia una estructura de seccional, una organización de base articulada sobre un pilar territorial y abierta a lo externo, idónea entonces para la participación masiva y la constitución de una base heterogénea[7].

Durante las décadas posteriores, los tres partidos vivieron un proceso de fortalecimiento de los vértices respecto a la base. La DC y el PCI experimentarían un debilitamiento progresivo de su arraigo cultural, transformándose en el sentido de los partidos «tomalotodo» de Otto Kirchheimer, o sea partidos caracterizados por la atenuación ideológica, la capacidad para dirigirse a todos, la apertura a grupos de intereses y, desde el punto de vista organizativo, un redimensionamiento del papel de los afiliados, el fortalecimiento de las cúpulas y una tendencia a la centralización. El PSI habría sido una excepción con respecto a los otros dos partidos, aparece descrito en las investigaciones sociológicas y politológicas como una organización patrimonial, de notables y profundamente fraccionada, cercano al modelo de «caciquismo mediterráneo»: «un modelo», escribió Sapelli, «que veía a muchos jefes con séquitos de fieles continuamente desgarrados entre la escasez de recursos materiales y la sobreabundancia de recursos políticos de escaso

---

[4] Cf. S. Neumann: «Towards a Comparative Study of Political Parties» en Neumann: *Modern Political Parties,* Chicago University Press, Chicago, 1956, pp. 395-421.

[5] Cf. G. Galli: Il bipartitismo imperfetto. Comunisti e democristiani in Italia, Il Mulino, Bolonia, 1966; F. Alberioni (ed.): L'attivista di partito, Il Mulino, Bolonia, 1967; G. Poggi (ed.): L'organizzazione partitica del PCI e della DC, Il Mulino, Bolonia, 1968.

[6] En efecto, la DC se define como un partido de instituciones, porque es justamente en las instituciones donde el partido realiza su mediación de intereses.

[7] Cf. M. Duverger: *I partiti politici* [1961], Comunitá, Milán, 1962.

radio de acción y breve vida en cuanto a estrategias se refiere»[8]. La Secretaría de Bettino Craxi habría representado, de todas formas, también según Sapelli: «un paso al *clientelismo monoteísta y autocrático* con cantidades de recursos adquiridos a través de la violenta ampliación del área de control ilegal de los mercados»[9].

Con respecto a estas imágenes de la estructura organizativa de los partidos, las investigaciones sobre corrupción política llevan a hacer hincapié en un elemento relevante: el crecimiento de estructuras partidarias ocultas que transforman las organizaciones en agregaciones conflictivas de capos o jefes locales, cuyo interés pasa más por los negocios que por la política. Como ha señalado Piercamillo Davigo, juez de Milán, «los partidos se habían transformado en compañías anónimas donde uno compraba las acciones con comisiones para asegurarse la posibilidad de resultar electo»[10].

La difusión de la corrupción implicó un *prestigio cada vez menor de las posiciones visibles con respecto a las invisibles*. En las nuevas jerarquías de la política corrupta perdieron relevancia las posiciones nacionales respecto de las periféricas: la carrera política ya no tenía lugar necesariamente desde la periferia hacia el centro. Para dar sólo un ejemplo, mientras el ex-presidente de la región Liguria, Alberto Teardo, despreciaba a quienes aceptaban puestos de «peones» en el Parlamento[11], Mario Chiesa, el primer administrador involucrado en las averiguaciones de «Manos Limpias», definió el hecho de que se le asignara a Tognoli un ministerio sin cartera como una forma de sanción: «Tognoli había sido humillado en el campo, reducido antes a secretario regional y después llamado a dirigir un ministerio, el de Areas Urbanas, que de hecho no tenía sede»[12].

Paralelamente, adquirieron importancia los *cargos partidistas vinculados con intercambios ocultos*. En efecto, en el interior de los partidos se constituyeron estructuras secretas, dedicadas a la recolección y administración del dinero proveniente de fuentes ilícitas. En estas jerarquías paralelas y oficiosas, creció el poder y el prestigio de una serie de figuras caracterizadas por el manejo de un poder público no sujeto a investidura democrática ni a controles burocrático-administrativos: «los capos de los organismos públicos», que basaban su carrera en la obtención de cargos por mandato partidista en la administración pública;

---

[8] Cf. O. Kirechheimer: «The Warning of Opposition in Parlamentary Regimes» en *Socia Research* N" 14, 1957, pp. 127-156.
[9] Cf. G. Sapelli: Cleptocrazia. Il «meccanismo unico» della corruzione tra economia e politica, Feltrinelli, Milán, 1994, p. 121.
[10] Cf. Panorama, 28/3/1993, p. 34.
[11] Cf. D. della Porta: «Corruzione e carriere politiche: immagini ddei «politici d'affari» en Stato e mercato Nº 34, 1992, pp. 35-61.
[12] Cf. M. Andreoli: *Andavamo in Piazza Duomo*, Sperling & Kupfer, Milán, 1993, p. 144.

«los cajeros de partido», que coordinaban los gastos de diversos organismos y las entradas ilícitas de los administradores ligados a aquéllos; «los portacarteras», que como emisarios de los políticos más poderosos organizaban las actividades ilícitas en la administración pública; «los profesionales protegidos», es decir arquitectos, ingenieros, abogados o gerentes, dotados de contactos en la política y la administración, que los partidos colocaban como hombres de confianza en las diversas comisiones que asignaban y controlaban las licitaciones públicas; «los burócratas con carnet partidista», o sea empleados o dirigentes de la administración pública sumamente leales a sus padrinos políticos[13]. Para estos políticos, pasibles de ser definidos como *políticos de negocios*, los reconocimientos eran clandestinos y de índole económica[14]. Su principal función era mediar entre los distintos actores de intercambios ocultos, establecer contactos y favorecer las negociaciones entre las dos o más partes interesadas en el intercambio corrupto. Sus principales recursos eran los conocimientos e informaciones reservados que se recogían e intercambiaban en los mercados ilícitos.

Estas figuras estaban relacionadas entre sí, a menudo de manera transversal a los partidos, en una estructura organizativa invisible. De todas formas, como sucede en los sistemas ilegales, el grado de centralización en la cima que estas redes alcanzaban parece haber sido más bien bajo. Los testimonios de los políticos involucrados en las investigaciones judiciales ofrecen el cuadro de un sistema de corrupción integrado por un conjunto multicefálico de pequeñas redes (o «hileras») densificadas en torno a capos individuales, con algunos momentos de coordinación desde arriba. Esta imagen queda muy bien ilustrada en las declaraciones de Loris Zaffra, secretario regional del PSI para Lombardía, quien describió así ante los jueces el funcionamiento de su partido:

> En el seno del Partido Socialista la situación era complicada en el sentido de que no existían puntos de referencia económicos institucionalizados. Había una gran confusión, con una pluralidad de referentes cada uno de los cuales administraba su parte. Los órganos institucionales del partido se ocupaban exclusivamente de los gastos corrientes. Esta estructura segmentada en el aspecto administrativo correspondía a una estructura análoga en el campo de las opciones políticas, en el sentido de que también en este campo el partido como tal no contaba mucho a nivel de toma de decisiones, sino más bien los individuos dotados de poder, incluso económico. Dentro del partido no existían corrientes, sino estos grupos de referencia que representaban también grupos de opinión. El manejo de la administración prescindía de los cargos formales, porque el punto de referencia era la persona y no el cargo, por lo que podía verificarse también un

[13] Cf. della Porta: «Les cercles vicieux de la corruption en Italic» en della Porta y Y. Mény (eds.): *Corruption et démocratie*, La Découverte, París, 1994.

[14] Cf. A. Pizzorno: «La corruzione nel sistema politico», en della Porta: *Lo scambio occulto*, Il Mulino, Bolonia, 1992; della Porta: *Corruzione e carriere politiche*, cit.; A. Pizzorno y della Porta: «Geschäftspolitiker in Italien: Übertegungen im AnschluB an eine Studie über politische Korruption» en *Kölner Zeitschrfit für Soziologie und Sozialpsychologie* 45/3, 1993, pp. 439-464.

> desplazamiento del referente económico de una oficina a otra, según las migraciones de las personas que contaban más. Existía también una sustancial discrepancia entre las funciones reales y las funciones formales: por ejemplo, los funcionarios de zona no eran retribuidos por la federación, sino por sus referentes políticos, a través de remuneraciones no formales pero importantes que no constaban en los movimientos financieros publicados por el partido.[15]

En esta situación, los partidos se fragmentan en miríadas de grupos, basados a menudo en una obediencia ciega, por ser temporal, a un jefe. En otras palabras, se constituyen las que el propio Chiesa denominó «falanges». El poder de los capos individuales se construye efectivamente en torno a núcleos de seguidores fieles, fundados en una solidaridad tipo clan, que Chiesa describe de este modo: «La Falange es el núcleo duro. Unas ochenta personas que, en un partido como el nuestro ya con poquísimos militantes, representaban una realidad que merecía todo el respeto. Cada compañero de la Falange contaba con el apoyo de por lo menos unos diez amigos. Con la Falange yo tenía una relación de gran fraternidad, de absoluta comunión»[16].

Junto a la pérdida de poder de las cúpulas oficiales de los partidos se halla el *agotamiento de las estructuras partidarias clásicas* independientemente de que haya sido «de masas» o «tomalotodo». La corrupción política acarreó, en primer lugar, una pérdida de función de las secciones del partido frente a las secretarías personales de los capos individuales. Un paso fundamental en las carreras de los políticos de negocios era, en efecto, la creación de sedes privadas, secretarías políticas de los capos individuales que a menudo se disfrazaban de centros de estudios o compañías de diferentes tipos. La función de estos lugares reservados en la vida de los partidos invadidos por la corrupción la explica el ex-administrador milanés Mario Chiesa quien recuerda, ya en 1974, lo siguiente:

> También yo tengo mi oficina privada. En Via Castelfidardo, en el centro. Lejos de Quarto Oggiaro. Dos locales en la planta baja del número 11. Mesa para reuniones, teléfono, oficina para la secretaria. La transformación del PSI de partido de militantes en partido de clientelas hizo necesaria la búsqueda de Via Castelfidardo. La seccional, aunque normalizada y administrada por compañeros sumamente fieles, no es el lugar apropiado para realizar cierto tipo de política. Por ejemplo, no puedo convocar reuniones restringidas en la seccional. Porque el compañero de las bases que pasa por la calle y ve la luz encendida, si siente ganas de entrar me obliga a hablar de otros temas; y si no toca a la puerta, entonces como mínimo se siente marginado porque no fue convocado; me encontraré entonces con que será menos amigo mío en el momento en que lo necesite. *El control visual de la actividad de uno tiene costos muy onerosos*.[17]

---

[15] Cf. Andreoli: ob. cit., p. 37.
[16] Ibíd., p. 21.
[17] Ibíd., p. 29, énfasis mío.

Como se desprende claramente de este testimonio, el motivo por el cual se abrieron secretarías personales reside justamente en la necesidad de evadir ese mínimo de controles que implican las estructuras visibles de los partidos. Si la organización del sistema de corrupción requiere de sedes más discretas, las secciones no se cierran a pesar de ello; más bien en Milán se registra, en los años 80, un aumento exponencial de las inscripciones en las aproximadamente 60 secciones del PSI, que pasan de un promedio de 100 afiliados a 500 o incluso 1.000 carnetizados[18]. Aunque aumentan sus dimensiones, las secciones cambian de función, transformándose en sitio de reunión de los falsos carnetizados, los que en la jerga de la política oculta se definen como *tropas de camellos*, «dispuestas, en caso de necesidad, a aumentar el número de concurrentes a los mitines y manifestaciones y a participar disciplinadamente en los congresos de seccional, zonales y generales. Tropas de camellos, listas para votar por encargo»[19]. La necesidad de esquivar cualquier tipo de control democrático interno, creando estructuras más flexibles y menos visibles, queda comprobada en la teorización propuesta por los políticos corruptos, desde Teardo hasta Chiesa, sobre la estrategia de los «círculos»[20].

El agotamiento del papel desempeñado por las seccionales se explica, en parte, por la transformación experimentada en la base social de los partidos, en especial la del PSI. A partir de los 60, mientras el alejamiento de la base obrera se reflejaba en un debilitamiento organizativo, la predisposición coalicionista del PSI (traducida en gran número de cargos en la administración pública, mucho mayor que su peso electoral efectivo) atrae a numerosos grupos sociales emergentes, interesados en incrementar su volumen de negocios gracias a protecciones políticas[21]. Como lo confirman los testimonios desde adentro: «De las filas del PSI, pero no sólo de éste, se van los militantes y entran los clientes, personajes también de gran inteligencia, pero que ven en el partido un atajo para alcanzar metas personales. Al cabo de pocos años, se produjo una mutación genética: había cada vez menos compañeros dispuestos a comprometerse gratis para las fiestas del «Avanti»[22].

Cabe agregar que estas transformaciones «genéticas» experimentadas en la composición del partido son aceleradas de manera activa por los políticos de negocios, que utilizan los recursos del propio partido para alejar a los militantes residuales. En el caso de Savona, por ejemplo, la marginación gradual por parte de los «teardianos» de los grupos de la izquierda socialista se realizó a través de métodos que, según testimonios

---

[18] Ibíd., p. 34.
[19] Ibíd., p. 35.
[20] CL della Porta: *Lo scambio occulto. Casi di corruzione politica in Italia,* fl Mulino, Bolonia, 1992, p. 202; Andreoli: ob. cit., p. 168.
[21] Cf. della Porta: *Lo scambio occulto,* cit., pp. 38-43.
[22] Cf. Andreoli: ob. cit., p. 33.

judiciales, no excluyeron la violencia física[23]. También en Milán, en relación con el mismo partido, se habló de un proceso que culminó en los 80 con la expulsión progresiva o absorción de toda oposición interna. Como lo recalcara Chiesa: «A los compañeros de la izquierda socialista que teorizaban un acuerdo estratégico con el PC los tenía bajo vigilancia. Si trabajaban en el Sacco, los amenazaba con transferirlos. Si gozaban de un fuero sindical, me empeñaba para que ese fuero quedara revocado»[24]. Los mismos recursos que sirven para la organización de los intercambios ocultos parecen ser útiles para afirmar, en el interior de los partidos, el poder de los capos corruptos. También según Chiesa: «El componente partidario de izquierda, que en el Saceo tenía fortaleza propia, se convierte de manera gradual. Al fin y al cabo, quien se me opone tiene una vida difícil y quien me sigue recibe amistad y favores»[25].

El dinero que proviene del pago de comisiones parece ser un instrumento indispensable para marginar la oposición, construir las «falanges» de fieles y competir con los otros capos en la lucha por el reparto de las presas.

En términos de estructura del partido, todo esto implica una monetización del poder, que desemboca en su parcelación, reduciendo a un mínimo los recursos de lealtad interna y transformando los partidos en una serie de pequeñas redes en guerra permanente entre sí. Este sistema, como concluye de manera significativa Chiesa refiriéndose a la situación de Milán en los años 80, es extremadamente autorreproductivo:

> Cada vez más se está difundiendo una pésima costumbre: incluso el consejero de zona y el candidato al más modesto cargo público saben que no tienen que gastar ni una lira de su bolsillo, sino más bien dirigirse al notable de turno para hacerse pagar la campaña electoral. A cambio, prometerá fidelidad absoluta. El notable aceptará sin discutir porque teme que un rival pueda arrebatarle, con un simple billete de cien mil liras, un referente y un fajo de votos. A menudo los compañeros no piden plata para el partido, sino para sí mismos. Tras la solicitud de una contribución para pagar el alquiler de la seccional se esconde a veces una solicitud banal de dinero para gastos inútiles. Pero, he ahí el detalle, sería peligroso no atender esas solicitudes. Siempre está allí tu competidor más cercano dispuesto a cerrar no uno sino los dos ojos con tal de satisfacer los pedidos más disparatados. Los billetes circulan. Circulan de verdad. Y en demasía. *Cada líder piensa sólo en sí mismo y ve en su vecino un enemigo. La recaudación y el manejo de los recursos están estrechamente vinculados a la valoración del peso político propio. En el PSI se crea una pequeña red de centros de poder paralelos en eterna guerra entre sí*.[26]

---

[23] Cf. Tribunale di Savona, Sentenzadi rinvio agiudizio n. 1019/81 RGPM, 1984, pp. 123-145.
[24] Cf. Andreoli: ob. cit., p. 25.
[25] Ibíd., p. 28.
[26] Ibíd., pp. 35-36, énfasis mío.

Los ejemplos hasta aquí se refirieron al PSI, pero en relación con los otros partidos implicados en los múltiples casos de «tangentopoli», la imagen derivada de las averiguaciones sobre corrupción política y partidaria que se desarrollan en Italia en los 80 no se asemeja, a decir verdad, ni a la definición de los partidos de masas ni a la de los partidos *tomalotodo;* de hecho, no puede hablarse ni de apertura hacia la base, ni de poder centralizado de las cúpulas[27]. Los partidos se fraccionan, pero no en corrientes ideológicas tradicionales. Más bien se crean estructuras ocultas, en las que jefes consiguen poder gracias a la inversión de dinero obtenido mediante actividades ilícitas.

Funciones de los partidos y corrupción

Hasta aquí se han expuesto algunas hipótesis sobre la estructura de los partidos. La corrupción política influye también en el papel que las organizaciones desempeñan. Las investigaciones sobre «tangentopoli» pueden ayudar a analizar también otra definición de partidocracia, referida no a la presencia de los partidos de masas, sino más bien a la intervención de los partidos en la regulación social. En efecto, la partidocracia fue considerada también como la degeneración de una forma específica de regulación de los conflictos sociales, contrapuesta bien sea a las fórmulas neocorporativistas (con representación de los grandes intereses), o a las pluralistas (con sociedad civil fuerte), o a las de las *policy networks* (con tecnocracias fuertes): el *party government*[28]. El sistema italiano fue definido como un sistema caracterizado por un gobierno de partidos, capaces de controlar los grupos de presión (que contaban sólo a través de sus relaciones de tipo clientelar o parental con los partidos)[29], los técnicos («parcelados») y la sociedad civil (incluso con la alineación de los movimientos sociales en torno a los actores partidarios). El poder de los partidos habría caracterizado pues tanto a la sociedad como a las instituciones. Como lo observara Pasquino:

---

[27] Cf. della Porta: Lo scambio occulto, cit., pp. 211-250; della Porta y A. Vannttcci: Corruziane ed amministrazione pubblica in Italia: risorse, meccanismi e attori [1994], Il Mulino, Bolonia (en prensa), cap. X.

[28] Según una definición clásica, para que hayaparrygovernment son necesarias por lo menos tres condiciones: 1) «todas las decisiones principales de gobierno deben ser tomadas por personas escogidas durante elecciones realizadas según distinciones de partido, o por individuos nombrados por estas personas y responsables ante ellas»; 2) «las políticas deben decidirse en el seno del partido de gobierno, en los casos en que haya un gobierno 'monocolor', o mediante negociaciones entre partidos, en los casos en que haya una coalición»; 3) «aquellos que ocupen las posiciones principales (por ejemplo, ministros y, sobre todo, primer ministro) deben ser seleccionados en el seno de sus partidos y ser responsables para con el pueblo a través de los mismos. Las posiciones en el gobierno deben derivarse del respaldo en el partido, y no las posiciones de partido derivarse del éxito electoral»; cf. R.S. Katz: «Party Govemment: A Rationalistic Conception» en F.G. Castles y R. Wildenmann (eds.): *Visitons and Reality of Party Government*, De Gruyler, Berlin, 1986, p. 43.

[29] Cf. J. LaPalombara: Clientela e parentela. Studio sul gruppi di interesse in Italia [1964], Comunitá, Milán, 1967.

> La presencia partidista en la sociedad italiana, en centros donde se toman decisiones, está determinada por la expansión del sector público, la existencia de empresas municipales, el vasto número de puestos de nombramiento político... En lo que respecta a las instituciones, a costa de proporcionar una explicación demasiado elemental, es oportuno recordar, en primer lugar, que el reclutamiento de los cargos administrativos y políticos está fundamental mente bajo el monopolio de los partidos; en segundo lugar, que en los centros de tomas de decisiones formales la presencia de personal de extracción partidaria no sólo es dominante, sino absoluta, con frecuencia[30].

También a propósito de esta hipótesis, las investigaciones sobre corrupción política ofrecen algunos elementos explicativos. En efecto, la difusión del intercambio oculto es posible sólo gracias al hecho de que los partidos asumen ciertas funciones específicas mientras que, al mismo tiempo, tal difusión transforma la capacidad de los partidos para cumplir con sus roles más tradicionales. Cuando la corrupción política se vuelve sistémica, los partidos políticos autorizan los intercambios ocultos, premiando al que colabora y sancionando en cambio al que no sigue el juego. Al igual que todos los intercambios ilegales, también el intercambio corrupto se caracteriza por un déficit específico de confianza: mientras en realidad la ley protege a los contratantes de un intercambio legal respecto de posibles deserciones, en los mercados ilícitos la función de garantía debe ser asumida por otros actores[31]. Los partidos políticos, o lo que queda de ellos, están entre estos actores.

El sistema de partidos se transforma, en primer lugar, en un sistema de *socialización para lo ilícito*. El partido organiza a sus hombres colocándolos en diversos cargos de responsabilidad en los organismos públicos pero les pide, a cambio, adaptarse a la norma de utilizar estos cargos para el «financiamiento de la política», dejando entrever la posibilidad de un enriquecimiento personal también. Para dar solamente un ejemplo, Nevol Querci, parlamentario socialista, presidente del Inadel, declaró a los jueces lo siguiente:

> Las mismas secretarías nacionales de la DC y del PSI me indicaban que tenía luz verde para comprar bienes inmuebles específicos en las empresas que se habían mostrado amigas de los partidos (sensibles en lo atinente a las contribuciones).... Sabía y sé que en los puestos claves de determinados organismos (entre ellos el Inadel) se colocan personas en quienes el aparato confía *porque están en capacidad de encargarse de hacer llegar contribuciones al propio partido;* además, sabia *que un eventual cambio por parte mía habría acarreado que me marginaran de inmediato y revocaran mi nombramiento para el cargo*[32].

---

[30] Cf. G. Pasquino: «Regolatori sregolati: partiti e governo dei partiti» en P. Lange y M. Regini (eds.): *Stato e regolazione sociale. Nuove prospettive sul caso italiano,* Il Mulino, Bolonia, 1987, p. 60.

[31] Cf. P. Reuter: *Disorganized Crime*, MIT Press, Cambridge-Mass., 1983.

[32] Cf. *Panorama*: «Tangentopoli. Le carte che scottano», extracto de la solicitud de autorización para proceder en relación con el Hon. Bettino Craxi de fecha 12/1/93; suplemento 2/1993, p. 76. En modo similar, Valerio Bitetto declaró a propósito de su

El hecho de que los partidos asuman esta función de socialización para el pago de comisiones permite que se difunda el sistema de intercambios ocultos. Los políticos ya iniciados en las reglas del mercado ilícito introducen a su vez a los demás[33]. Una ilustración del funcionamiento de estos mecanismos de implicación ampliada proviene de las investigaciones sobre corrupción realizadas en el Concejo Provincial de Bari. Según las actas judiciales, las comisiones pagadas por contratos asignados por el Concejo se habrían dividido entre todos los consejeros del grupo PSI, que fueron así uno cómplice del otro: «Una de las primeras tajadas de dinero se repartió, a razón de 30 millones cada uno, entre todos los miembros del grupo. Tal decisión se habría tomado durante una reunión en la que, entre otras cosas, se decidió desviar una suma igual a favor de los parlamentarios»[34]. El reparto de las comisiones entre todos los consejeros de los órganos colegiados servía paracrearuna «omertá» o complicidad silencios,a difundida; además, así las propias cúpulas de los partidos les enseñaban a sus administradores a utilizar provechosamente su posición.

A través de la amplia presencia de los partidos en distintos organismos vitales de la administración pública, *la corrupción se vuelve norma.* Por ejemplo, como lo relata el consejero del Partido Democrático de Izquierda (PDS) para el metro de Milán, Luigi Carnevali: «A mi entrada en el metro me encontré con un *sistema ya aprobado* según el cual, en términos generales, prácticamente todos los que ganaran licitaciones aportaban una comisión del 3%. ... Lo obtenido de estas comisiones, por acuerdos preexistentes, se subdividía entre los partidos»[35]. De manera similar, Mario Chiesa habló de un «clima» que predisponía ala corrupción: «Mi comportamiento en el seno del PAT [Pio Albergo Trivulzio]», declaró a los jueces el ex-administrador, «no fue invención mía sino más bien el resultado de un clima existente en el interior del sistema de salud de Milán

---

nombramiento como miembro de la Junta Directiva del Enel: «El PSI me designó para que ocupara el cargo y en esa oportunidad el Hon. Craxi se reunió personalmente conmigo y me dijo textualmente: 'no te quedes allí calentando la silla'. En otras palabras, me dijo que en el cargo que estaba ocupando debía buscar votos para el PSI y conseguir dinero para el partido»; Ibíd., p. 51.

[33] Acerca de su papel de «socializador» de otros administradores para el sistema de la corrupción escribió, por ejemplo, el ex-alcalde de Reggio Calabria: «Una vez un empresario, mientras se hablaba de quien acepta fajos de billetes, teorizó: 'El dinero para los políticos es como la droga. Una vez que lo aceptas ya no puedes dejarlo de hacer más. La primera vez es difícil. Después te sirve como la heroína y vas a pedirlo'. Alguno de los que inicié en ese asunto del cobro de peaje después empezó a hacer pequeñas operaciones. Los «assolo», como se les llama en jerga. Me lo daban a entender los empresarios: nunca hubo denuncias, pero indirectas sí, una detrás de otra»; cf. A. Licandro y A. Varano: La *citià dolente. Confessioni di un sindaco corrotto,* Einaudi, Turín, 1993, pp. 47-48.

[34] Cf. Tribunale di Bari, Sentenza di rinvio a giudizio, n. 7641/80 RGPM, 1985, p. 42.

[35] Cf. E. Nascimbeni y A. Pampanara: *Le mani pulite, A.* Mondadori, Milán, 1992, p. 147, énfasis mío.

(y en modo más general en el sistema público) al cual me adapté en la medida en que, habiendo comenzado mi actividad política desde abajo, poco a poco fui descubriendo que era fuente de ingresos para la propia evolución política»[36].

Además, con la garantía de su pertenencia recíproca al sistema de partidos, los políticos corruptos pueden ofrecerse una serie de servicios mutuos que *reducen los riesgos* de la participación en el mercado de la corrupción. Además de fungir como «notarios» del intercambio oculto, anotando reglas y transferencias, los partidos se tornan agencias de intermediación comercial eficientes, dotadas de bancos de datos actualizados sobre los socios disponibles para realizar acciones ilegales. Mediante el intercambio de informaciones reservadas, los políticos corruptos reducen los costos de identificación de la contraparte en el mercado ilícito. Los jueces han reconstruido así transferencias de remesas propiamente dichas entre administradores, bien sea del mismo partido o de partidos distintos. Un dirigente de la compañía privada Icomec relatará, por ejemplo, que Ermidio Santi, ex-presidente socialista del IACP [Istituto Autonomo Case Popolari] de Génova, una vez electo en el Parlamento, lo había presentado a su sucesor pronunciando la frase siguiente: «No se preocupe, todo está en su lugar». En el mercado ilegal de la corrupción, estos rituales equivalían a investiduras formales. A este respecto, agrega el dirigente: «Aclaro que, por parte mía, existía la convicción de que mis relaciones con Moro se insertarían en una continuidad de relaciones con el organismo que mantenía en la presidencia hombres del mismo partido»[37]. La presencia permanente de miembros del mismo partido en la gerencia de un organismo facilitaba así la continuidad del intercambio corrupto, reduciendo los riesgos que acarrearía una renegociación de los acuerdos ilícitos.

Es interesante observar, de todos modos, que los intercambios de informaciones no se limitaban a los compañeros de partido. De hecho, en las actas judiciales se vuelven a encontrar ritualizadas transferencias de remesas incluso entre políticos de diferentes partidos, con la presentación, a los sucesores en los cargos, de los empresarios ya indiciados en actos de corrupción. Por ejemplo, un empresario de Catania, proveedor de la USL35 [Unitá Sanitaria Locale], recuerda lo siguiente: «Pagué las Comisiones al profesor Platania (PRI) hasta el verano de 1986, momento en que fue elegido diputado regional. Antes de dejar el hospital Vittorio Emmanuelle, el propio Platania me instó a seguir pagando las comisiones, que debía cancelar por los suministros futuros, personalmente al abogado Giuseppe Strano, presidente (DC) de la

[36] Cf. *Panorama*: «Tangentopoli», cit., p, 27, énfasis mío.
[37] Cf. Procura della Repubblica di Milano, Requisitoria del Pubblico Ministero nel procedimiento penale n. 990183, 1983, pp. 125-126.

USL»[38]. Los administradores, también de diferentes partidos, que se sucedían en los diversos cargos en los organismos se presentaban pues uno a otro a los empresarios «protegidos», reduciendo los riesgos inherentes a los primeros contactos.

Es más, la presencia de los partidos en la administración pública brinda a las diferentes partes involucradas en los intercambios ocultos la posibilidad de *distribuir sanciones,* tales como la exclusión de la «repetición del juego». En la situación de ilegalidad del intercambio oculto, los partidos pueden compararse con una institución crediticia que administra la confianza entre las diversas partes implicadas en los intercambios ocultos[39]. Gracias a su abarcadora presencia en diversos organismos, y a su poder para elegir los directivos de los organismos públicos, los partidos pueden «sancionar intercambios específicos, garantizando, gracias a sus capacidades de castigo en relación con los administradores políticos y los privados, la ejecución de los acuerdos ocultos y el funcionamiento global del mercado ilegal, en el respeto de las «normas» de reparto consolidadas con los años»[40]. Efectivamente, estas funciones se «pagaban» asignando a los partidos una cuota de las comisiones, adicional a la cobrada por los administradores individuales implicados en las decisiones necesarias para el perfeccionamiento del intercambio oculto. Maurizio Prada, «cajero» de la DC en Milán, explicará de manera significativa lo siguiente: «Ya antes de 1987 yo recibía contribuciones de algunas empresas y seguí recibiéndolas incluso después de 1990, es decir, después de que terminó el mandato del presidente de la ATM [Azienda Transporti Milanese]. ... En otras palabras, las empresas me pagaban a mí porque era uno de los tesoreros locales de la DC»[41].

Resumiendo, en los sistemas de corrupción difundida, los partidos políticos no sólo socializan para lo ilícito, reduciendo los costos morales de la corrupción, sino que además aseguran, gracias a la difusión de la corrupción en todas las áreas geográficas, en los diferentes organismos públicos y en los diversos sectores de la administración pública, una especie de «repetición del juego» corrupto: el que respete los acuerdos ilícitos podrá seguir haciendo negocios con la administración pública; el que abandone la causa una vez, será excluido por siempre del mercado de las adquisiciones gubernamentales. Además, llegando a un acuerdo entre sí, mayoría y oposición reducen los riesgos materiales ligados a la identificación de la contraparte y la negociación de la comisión. Controlando los nombramientos en todos los organismos públicos, los partidos pueden generalizar la «matraca», transformando lo ilícito de

[38] Cf. Tribunale di Catania, Sentenza di secondo grado n. 5463, 199 1, p. 104.
[39] Cf. Pizzorno: La corruzione nel sistema politico, cit., pp. 32-33.
[40] Cf. Vannucci: «Scambi e collusioni: analisi di un caso» en Il Progetto Nº 74,1993, p. 85.
[41] Cf. A. Carlucci: Tangentomania, Baldini e Castoidi, Milán, 1992, p. 74.

excepción en praxis difundida con sus normas compartidas, y garantizando la continuidad del sistema en el tiempo, no obstante el hecho de que el personal político se rote en la administración pública. Esto equivale a decir que los partidos asumen una función *de garantes de pactos ilegales*, participando en aquellas operaciones en las que se requiere una «certificación de la confianza, o bien en las que, para obtener un beneficio, se usan promesas de otros, las cuales deben garantizarse de alguna manera»[42].

Puede añadirse que la participación en los intercambios ocultos transforma también el modo como los partidos cumplen las tareas que les corresponde bajo un régimen democrático. En lo que respecta a la *selección del personal político*, en una democracia efectiva los políticos deben ser capaces de elaborar programas generales, convencer a los ciudadanos de su bondad, y aplicarlos. Las recompensas para los políticos serán públicas: el reconocimiento, el poder, el prestigio deberían contar más que las ventajas materiales. En cambio, cuando se desarrolla la corrupción política, se transforman las características de la clase política. Como se señaló, en realidad los partidos empezaron a seleccionar los individuos más capaces para la organización de aquellos intercambios ilícitos necesarios para reunir recursos que se distribuirían de manera individualista. Así, la corrupción política llevó a la proliferación de figuras que no pertenecen realmente ni al Estado ni al mercado, y que, por ende, violan las reglas de funcionamiento de ambos. Como lo señaló Pizzorno, «El sentido de la inscripción en los partidos queda alterado. Uno no se compromete para ofrecer un aporte voluntario a la obra de gobierno, sino más bien para ser admitido a concursar por posiciones de interés particular. ... Los diversos procedimientos de filtrado se volcarán a determinar el futuro político del negocio, si es una persona dispuesta a participar en formas de intercambio ilícito o, por lo menos, a no hacer objeciones morales cuando se entere de las mismas, y a comportarse, por lo tanto, 'responsablemente'».[43]

Obsérvese una segunda función de los partidos: la legitimación del sistema político a través de la *integración de los ciudadanos.* En democracia, los partidos son los actores principales de la estructuración del voto, favoreciendo en los electores una identificación que suele mantenerse por generaciones. La estructuración del voto se da mediante la definición de programas propuestos a los electores. La búsqueda de un mayor número de votantes debería llevar a los diferentes partidos a representar las opiniones y los intereses de varios grupos de ciudadanos. La difusión de la corrupción política parece haber transformado, no obstante, la estructura de las preferencias electorales: con respecto al voto de identificación o de opinión, se privilegia el uso clientelar del voto

[42] Cf. Pizzorno: La corruzione nel sistema politico, cit., P. 31.
[43] Ibíd., p. 27.

como objeto de intercambio, es decir, voto a cambio de favores[44]. La corrupción política produce, en efecto, un sistema de valores orientado al logro de objetivos individuales a través de interacciones basadas en beneficios extrínsecos o instrumentales (desalentando en cambio relaciones de tipo ideológico, basadas en beneficios intrínsecos o explícitos). Así pues, se puede decir que la corrupción política, incentivando la difusión de una estructura de preferencias orientada hacia la movilización individual, incide en las capacidades efectivas de los partidos para integrar/seleccionar/mediar los intereses de los ciudadanos. En Italia, el empleo de las prácticas de corrupción ha reducido la capacidad de los partidos para movilizar recursos ideológicos y distribuir incentivos de participación, mientras la concentración de los partidos en la recaudación de los réditos ilícitos favorecía la búsqueda de una connivencia recíproca. Las furiosas guerras clandestinas por el reparto del rédito iban acompañadas de pactos clandestinos de no beligerancia por los menos sobre un punto: la denuncia del sistema de la corrupción. Mientras normalmente los análisis politológicos han subrayado, incluso en el caso italiano[45], las consecuencias negativas que tiene el uso excesivo, por parte de los partidos, de incentivos ideológicos, las investigaciones recientes de la magistratura llevan a hacer hincapié en los riesgos relacionados con la condición opuesta: la excesiva disponibilidad de incentivos materiales.

Una tercera función de los partidos en democracia es el *diseño de las* políticas *públicas*. En una democracia efectiva, los partidos tienen, en realidad, la tarea de definir la orientación de las políticas públicas, controlando su instrumentación. Concentrándose en la organización de los intercambios corruptos, los partidos políticos han privilegiado, en cambio, las decisiones más productivas en términos de comisiones: es decir que se tenderá a gastar más en aquellos sectores donde menores sean los controles. También, por su propia naturaleza, los intercambios corruptos han hecho que prevalezca la política oculta respecto de la visible, la lógica del grupo reducido y cerrado respecto de la búsqueda de una participación más amplia. Mientras los controles se garantizan sobre todo a través de la transparencia, el desplazamiento de las decisiones a los lugares ocultos ha debilitado las posibilidades de descubrir y sancionar los intercambios ilegales. Como lo notara Pizzorno, cuando se difunden las transacciones corruptas, «La actividad de los partidos [tiende] a concentrarse en la identificación de solicitudes específicas, las que se pueden reconocer como portadoras de un alto poder adquisitivo. De hecho, [llega a ser] de interés para los partidos satisfacer tales solicitudes,

---

[44] Cf. della Porta: *Les cercles vicieux,* cit.

[45] Como se sabe, Italia fue considerada por mucho tiempo como el caso paradigmático de pluralismo polarizado, caracterizado por múltiples organizaciones y por la presencia de partidos antisistema en dos campos ideológicamente contrapuestos, con una dinámica de competencia centrífuga; cf. G. Sartori: *Teoria dei partiti e caso italiano*, Sugarco, Milán, 1982.

cobrando su precio total (aun descontando el costo de mediación), en lugar de suspender la satisfacción individual para agregar orgánicamente las solicitudes dispersas, generalizarlas y hacerlas homogéneas para un programa que surta efectos por largo tiempo»[46].

Puede concluirse entonces que, durante los 80, los partidos italianos centraron su intervención en algunas funciones: las vinculadas con el intercambio oculto. El asentamiento en la sociedad civil no tuvo como objetivo la imposición de proyectos políticos, sino más bien la recaudación de dinero. Por el contrario, con respecto a las otras funciones, se debilitó la presencia de los partidos. Desde este punto de vista se puede explicar la aparente paradoja de una fuerte presencia partidista en la sociedad y, simultáneamente, la ausencia, detectada por ejemplo por Bruno Dente y Gloria Regonini[47], de auténticas políticas de partido en muchos sectores. La difusión de la corrupción política implica en realidad que los partidos se concentren en las actividades más funcionales para el intercambio ilícito, con un escaso interés en cambio por aquel tipo de políticas no directamente monetizables. Por añadidura, la corrupción política impone una lógica de corto plazo, con poca atención a las consecuencias a más largo plazo que puedan tener las opciones de políticas públicas. Fijando su atención en una integración fundada en el intercambio de favores, los partidos se retiraron, en consecuencia, del campo de la elaboración de programas.

Partidos y corrupción: algunas conclusiones

Extendiendo lo afirmado hasta ahora, es posible volver a la pregunta inicial: ¿la corrupción se ve favorecida por los partidos fuertes o por los partidos débiles? Como argumentara muchos años atrás Alessandro Pizzorno, la «fuerza» o «debilidad» de los partidos puede valorarse de manera diferente según se considere el poder de reforzar la delegación, dando ventajas a los representantes o al aparato partidista, o bien el de transmitir las peticiones de los representados[48].

Por lo que se ha podido observar, la utilización de las prácticas de corrupción parece haber estado correlacionada negativamente con el segundo tipo de poder de los partidos, *reduciendo su capacidad de elaborar programas de larga duración, movilizar recursos ideológicos, distribuir incentivos de participación, recoger el respaldo de un electorado de opinión.* Como se notó en el caso italiano, concentrándose en la organización de los intercambios corruptos, los partidos políticos privilegian, de hecho, las decisiones más productivas en términos de

[46] Cf. Pizzorno: La corruzione nel sistema politico, cit., p. 27.
[47] Cf. B. Dente y G. Regonini: «Politica e politiche in Italia» en Lange y Regini (eds.): Stato e regolazione sociale. Nuove prospettive sul caso italiano, Il Mulino, Bolonia, pp. 83-121.
[48] Cf. Pizzomo: «I due poteri del partiti» en *Politica del diritto* Nº 2, 1971, pp. 197-209.

comisiones y no las que pueden recibir mayor apoyo entre el electorado. Ahora bien, por su propia naturaleza, los intercambios corruptos hacen que prevalezca la política oculta en comparación con la visible, la lógica del grupo pequeño y restringido en comparación con la búsqueda de una participación más amplia. La evidencia de que hay despilfarros vinculados a la mala administración impide a la larga que los políticos corruptos busquen atraer a un electorado de opinión, presentándose como portadores de bienestar y progreso. El pragmatismo de los acuerdos bajo cuerda reemplaza los ideológicos.

En cambio, la corrupción política pareció verse facilitada por la capacidad de los partidos para reforzar la delegación. Gracias a la coartada del carácter político de las decisiones administrativas, los partidos penetraron en las juntas directivas de los organismos públicos, utilizando su poder en modos no siempre orientados hacia el bienestar de la colectividad y no siempre lícitos. Ciertos mecanismos más o menos oficiales de control político de los nombramientos de burócratas públicos han conducido a una partidización de la administración, dando lugar a feudos que los partidos y sus hombres pueden utilizar para prácticas de corrupción o clientelismo. La influencia de los partidos incluso fuera de la administración pública, desde los bancos hasta los periódicos, ha hecho que se hable de una ocupación de la sociedad civil, que ulteriormente bajó las defensas contra la corrupción política y la pésima administración.

Los partidos políticos ocuparon así la sociedad civil, mas no para realizar programas políticos a largo plazo, sino para facilitar la extracción de rédito parasitario. Se puede agregar que la estructura de los partidos no corresponde a una imagen cierta del sistema partidocrático. Como lo apuntara Pizzorno recientemente:

> El término «partidocracia» no se adapta a ese tipo de sistema. Por lo demás, el mismo término «partido» es una palabra del discurso público de la política... Ciertamente es un término demasiado indiferenciado para el lenguaje analítico. No son muchos los actos que es fácil imputar al sujeto partido como tal. El término «partidocracia» proviene de una estación en la que los partidos actuaban como sujetos colectivos guiados por secretarías poderosas, al menos parcialmente responsables, si no ante los inscritos como tales, por lo menos frente a círculos elitescos internos formados por afiliados. La secretarías podían responder por sus bases, sus grupos parlamentarios, sus asociaciones de masas, frente a otros sujetos del sistema político, representados, dicho sea de paso, por otros partidos. Las decisiones relativas a la selección del personal político eran tomadas por las secretarías de los partidos, y también según normas en gran medida preestablecidas[49].

Si bienes cierto que la corrupción ha transformado las fuentes de poder que están en el seno de los partidos políticos, se puede agregar que la influencia de los partidos en el manejo de las propias redes de corrupción

[49] Cf. Pizzorno: *Le radici della politica assoluta*, Feltrinelli, Milán, 1993, p. 305.

podría ser objeto de muchas variaciones en las diferentes áreas geográficas. Como lo observara el ex-alcalde de Reggio Calabria, Agatino Licandro: «La diversidad entre el Norte y el Sur en cuanto al «cobro de peaje» es que en el primero existe una estructura centralizada. Un centro de recaudación administrado y controlado de modo unitario. El partido cobra y reparte entre las corrientes, después de retener la parte que sirve para las necesidades de la estructura. En cambio, aquí en el Sur ocurre todo lo contrario. Los hombres, sus camarillas, los grupos, toman el dinero para mantener sus propios aparatos. Si el que cobra en ese momento es el dueño del partido, el dinero se queda allí. Pero es un engaño, en esos casos el partido es la propia corriente o corresponde a los intereses inmediatos del grupo. No es una diferencia insignificante. El mecanismo provoca tensiones y dramatiza toda la vida política. Peor aún, subordina todo lo demás, opciones escogidas, alianzas, decisiones, cobro de peaje, fajos de billetes y dinero»[50]. Sobre todo en algunas regiones del Sur, la criminalidad organizada ha reemplazado en parte a los partidos en su función de certificación de la confianza entre las partes involueradas en los intercambios ocultos, recibiendo por lo tanto también una cuota de las comisiones[51].

Esta observación conduce a una última observación: si bien es cierto que los partidos funcionan como garantes de los intercambios ocultos, sin embargo ellos no son los únicos en hacerlo. En realidad, junto a los partidos se localiza una serie de agregaciones, algunas formales, otras informales, todas fundamentalmente poco visibles. La corrupción política, como intercambio oculto, resta de hecho poder a los lugares visibles. Las arenas donde se toman las decisiones se desplazan pues de la política visible a la política invisible, donde los partidos no son forzosamente los actores predominantes. Debilitados por la difusión de la corrupción política, los partidos se vuelven corresponsables, detrás de bastidores, del criptogobierno en cuyo seno se toman las decisiones pertinentes para la cosa pública.

Traducción: Francesca Lo Truglio

[50] Cf. Licandro y Varano: ob. cit., pp. 122-123.
[51] Cf. della Porta y Vannucci: «Mafia, politica e mercato negli scambi occulti» en G. Mershon y G. Pasquino (cds.): *Politica in Italia*, Il Mulino, Bolonia, 1994.





Las ilustraciones acompañaron al presente artículo en la edición impresa de la revista